

Hegemonía geoestrategia Estadounidense

Leonardo Balmaceda

Tras la finalización de la estructura bipolar, el contexto internacional es testigo del intento de Estados Unidos por establecer una forma de imperio que no es sólo resultado de un gobierno, sino de un sistema, el de un "capitalismo financiero transnacional", que gracias fundamentalmente a la banca y otros actores financieros que se independizan de los Estados, incluyendo de manera relativa a Estados Unidos, ya que han logrado influenciar de forma considerable la diagramación de la política exterior de la Casa Blanca, que no es ajena a la fuerte presión decisional de las grandes corporaciones.¹

El intento de proyección imperial fue anunciado por George Bush (padre) a principios de la década de los noventa, cuando explicó los parámetros morales y jurídicos que regirían el proyectado Nuevo Orden Mundial. Este fue barnizado con ideales humanitarios, con la intención de disfrazar las verdaderas motivaciones expansionistas del "establishment" estadounidense, que ambicionaba controlar los espacios geográficos que sufrían un vacío de poder, a raíz del derrumbe del régimen comunista.

La imposición del "Nuevo Orden Imperial" se basa en la instrumentación de la violencia racionalizada, de manera tal que promueva un caos mundial, que resulte funcional a los planes de dominación internacional del "*establishment* político-económico" de las poderosas cor-

¹ Esta exposición, constituye un extracto de la investigación realizada para la obtención del título de Doctor en Relaciones Internacionales de la Universidad del Salvador. Cuyo título es: "*Estados Unidos: Kosovo y las consecuencias del 11 de septiembre de 2001. Un giro en la geoestrategia estadounidense para la consolidación de su hegemonía imperial*".

poraciones compatibles con las aspiraciones imperiales de la dirigencia de Estados Unidos.

Atentos a la promoción de estos fines estratégicos, los estrategas del Pentágono y de la Casa Blanca han debido promover un cambio en el "Sistema de Seguridad Internacional" que regía en la etapa bipolar. La nueva teoría de la "Seguridad Internacional" apunta a debilitar el poder de representatividad de la ONU como organismo encargado de promover la paz y la seguridad internacional.

El caos internacional así instaurado, le permite a la Casa Blanca implementar y legitimar el uso de su poder militar en correspondencia con sus objetivos estratégicos geopolíticos.

La necesidad de dicho cambio de sistema se debe a la eventual obstrucción que puede sufrir la política exterior de la Casa Blanca por un ocasional bloqueo o veto por parte de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU, ante situaciones importantes para el cumplimiento de la geoestrategia estadounidense, como fue el caso en la conflictiva región de los Balcanes, en la guerra y en proceso de estabilización de Afganistán, Irak e inclusive Irán.

Ante esta inoportuna eventualidad, los estrategas y la diplomacia estadounidense, han puesto su empeño en obtener el consentimiento del conjunto de los Estados-Nación, ya sea a través de la aceptación voluntaria o por medio de la imposición compulsiva, con la implementación y vigencia de la nueva modalidad en la aplicación del uso de la fuerza en la resolución de los conflictos internacionales.

Esta modalidad consiste en promover la concepción de que los Estados o alianzas más poderosas deben actuar sin estar restringidos a las normas y procedimientos acordados por la ONU para la legitimar el uso de la fuerza. Es decir, crear su propio derecho a actuar, que puede surgir de una idea que se transforma en una voluntad de ser,

cuya aplicabilidad se basa en la magnitud de las capacidades que transforman esa voluntad de ser en la realidad.

La OTAN y su transformación

Estados Unidos ha liderado la transformación de la OTAN, que ha pasado, cada vez más, a suplantar al Consejo de Seguridad de la ONU en las funciones correspondientes a la implementación y al uso de la fuerza. Para ello, se ha dotado a la OTAN con una jurisdicción potencialmente universal.

La transformación de la OTAN se ha dado en etapas. La primera estuvo destinada a cambiar el carácter de la organización de seguridad, sumándole a su capacidad defensiva la posibilidad de efectuar operaciones ofensivas fuera de la jurisdicción establecida en su Carta fundacional. Esta atribución fue ejercida por primera vez en los Balcanes y, especialmente durante la guerra en Kosovo, donde se estableció que la OTAN no sólo debía entender en cuestiones estratégicas militares, sino que también debía comprometerse activamente en la defensa y propagación de los derechos humanos y de los valores democráticos occidentales.

La segunda etapa consistió en la asunción de nuevas competencias por parte de la OTAN, al encargarse del suministro de ayuda humanitaria dentro de sus respectivos mandatos militares, alterándose de esta manera, la tradicional independencia de las organizaciones humanitarias en su trabajo con las víctimas.

La OTAN no sólo contribuye a aliviar la carga financiera de las eventuales incursiones armadas de Estados Unidos, sino que, también, sus efectivos pasan a convertirse en fuerzas auxiliares de la armada estadounidense, que como tales, pasan a estar disponibles para ser empeñados si así lo consideran necesario los estrategas del Pen-

tágono, en tareas de pacificación, o bien, para ser emplazadas en los límites del imperio.

Esta disponibilidad de recursos y efectivos de la OTAN permite que las fuerzas de choque estadounidenses, no se vean sobrecargadas de funciones y puedan estar prestas para ser utilizadas en nuevas acciones bélicas. Esta metodología ha sido instrumentada con motivo de la crisis en los Balcanes y en Afganistán.

Así, la OTAN pasa a convertirse en un elemento importante en la geoestrategia estadounidense, ya que contribuye a facilitar la expansión territorial y la consolidación de la conquista imperial. Esta concepción se está concretando, a pesar del intento liderado por Francia, Alemania, Bélgica, y más recientemente de España, por hacer una Europa más independiente de Estados Unidos, desde el punto de vista de la seguridad defensiva estratégica-militar.

En el caso de la invasión a Irak, Estados Unidos creó "coaliciones ad hoc" ya que la OTAN no respondía a sus aspiraciones. A la OTAN la ha dejado como organismo encargado de llevar adelante tareas que no quiere encargar a la ONU, como se manifiesta también en la reticencia estadounidense a que las fuerzas lideradas por la ONU, es decir cascos azules, reemplacen a los efectivos desplegados por la OTAN en Kosovo y Afganistán.

Intransigencia hegemónica

La voluntad político-estratégica de dominación, también, se ha hecho evidente en la intolerancia manifiesta hacia aquellas naciones que se han opuesto a la imposición del Nuevo Orden Imperial. Intransigencia hegemónica, que se ha profundizado a partir de los atentados del 11 de septiembre del 2001, que han tenido el efecto de acelerar, a través de la utilización de todos los medios disponibles por parte del gobierno estadounidense, la puesta en acción de la "capacidad de poder"

necesaria para lograr una licuación de la efectividad de la aplicación del Derecho Internacional Público.

El escepticismo que se ha incentivado por algunas potencias (Estados Unidos, Reino Unido, entre otras) en “la comunidad internacional” sobre la supuesta “incapacidad resolutoria del Derecho Internacional Público” se ha profundizado, como consecuencia de la dificultad que experimenta el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, para solucionar los peligros planteados por las “nuevas amenazas”. Ello se debe, fundamentalmente, a la conveniencia de manipular el derecho y a los organismos internacionales según el interés de Estados Unidos, que ha seguido la tradición de no admitir un derecho por sobre la Ley Federal estadounidense.

Ello es así, debido a la ausencia de una voluntad política por parte de la pequeña “comunidad de las potencias polares”, en especial de Estados Unidos, para dotar a la ONU de los medios necesarios que le permitan implementar eficazmente los mecanismos y procedimientos establecidos para la resolución de las crisis internacionales.

El esfuerzo por producir un cambio en el “Sistema de Seguridad Internacional” ha tenido una continuidad en cada una de las administraciones que han ocupado la Casa Blanca, a partir especialmente de la finalización de la Guerra Fría. Es decir, desde Bush (padre), pasando por Clinton, hasta llegar a la de Bush (hijo). Circunstancia que, razonablemente, permite inferir que si se hubiese producido una ocasional derrota electoral de Bush no se hubiera dado la adopción, por parte de la nueva administración, de un cambio en lo esencial de la estrategia de expansión y dominación imperial.

En ese sentido, **Bush al lograr un segundo mandato presidencial, es muy probable que produzca una profundización del unilateralismo y una escalada de las acciones bélicas e intervenciones militares a países que la Casa Blanca, juzgue como integrantes del denominado “eje del mal”.**

Consecuentemente, lejos está la anunciada paz y seguridad internacional que supuestamente busca instaurar el proyectado Nuevo Orden Imperial, porque no todas las naciones gozan de las concesiones y tratamiento preferencial que sí gozan los países que integran la reducida "comunidad internacional de las naciones más poderosas". El resto de los pueblos que quieran mantener o aspiren lograr su independencia o soberanía política, económica y cultural, en un sentido verdadero y sin hipocresías, caerá bajo la mira recelosa de Washington. La soberanía nacional y la "convivencia democrática internacional" son, así, muy difíciles de alcanzar y de resguardar en estos tiempos donde tiene lugar un avance de la globalización sin precedentes en la historia. Propiciados por los adelantos de la tecnología de la comunicación e información y por la eficacia de los medios de la industria de aculturación, esgrimidos por las potencias polares, son utilizados para lograr el convencimiento internacional sobre la conveniencia del establecimiento de un Nuevo Orden Imperial que, para legitimar su hegemonía global, necesita crear un enemigo global.

Sin embargo, surge como elemento efectivo de resistencia al intento de dominación imperial, la identidad cultural, que tiene como tarea esencial revertir el proceso de sometimiento cultural fomentado a través de la globalización por las potencias polares occidentales. Y así, avivar el retorno a la conciencia de los valores propios para resguardar la libertad y el derecho de autodeterminación de los pueblos.

La historia de las Relaciones Internacionales ha demostrado que un orden internacional, impuesto de manera unilateral, amparado en el uso de la fuerza, no es aceptado sin resistencia por el resto de los actores internacionales. La alteración de la agenda internacional, cuyo intento más notorio ocurrió tras la crisis de los Balcanes, que pretendía modificar radicalmente la tendencia hasta entonces vigente de la preeminencia del eje económico-financiero sobre el eje político y

estratégico-militar, no logró materializarse. Dicho intento, de militarizar las Relaciones Internacionales, pudo tener éxito a partir del 11 de septiembre de 2001, mediante la estrategia implementada por Estados Unidos para luchar contra el terrorismo fundamentalista islámico internacional.

Legitimación de la violencia racionalizada

La guerra contra el terrorismo a escala global brinda a los estrategas y decisores políticos del Pentágono y de la Casa Blanca ciertos márgenes de justificación ideológica ante sus aliados para agruparlos tras de sí, ya sea de manera voluntaria o coercitiva. Acentuando así, una nueva división ideológica entre las pautas políticas y culturales auspiciadas por el “Nuevo Orden Imperial estadounidense” y la “resistencia” a este orden, especialmente, por parte del islamismo radical.

La resistencia al intento de instauración del orden imperial estadounidense se expresa, principalmente, a través de la utilización de ideales nacionalistas o, bien, como ocurre en el caso del terrorismo islámico, por medio de un fundamentalismo religioso. Así, la acción política de los distintos movimientos fundamentalistas logra homogeneizar su lucha a través de una concepción religiosa radical. Concepción religiosa que puede ser complementada, como en el caso de la resistencia independentista en Chechenia, con un alto contenido nacionalista.

El esfuerzo de la Casa Blanca por establecer una situación de bipolaridad ideológica se evidencia en el discurso del presidente George W. Bush, al anunciar que, en la guerra contra el terrorismo islámico fundamentalista, se está librando una batalla entre “el bien y el mal”. Dicho esfuerzo ha logrado, pese a lo manifestado por los portavoces de la Casa Blanca, establecer una guerra que cada vez más se define en términos de confrontación ideológica y cultural, que ha tenido el efecto de revigorizar la carrera armamentista.

Paradójicamente, a lo anunciado por la Casa Blanca, la estrategia de lucha implementada contra el terrorismo internacional, ha hecho que muchas naciones hayan confirmado la idea de que el medio más efectivo para asegurar ciertos niveles de soberanía política es a través del desarrollo de arsenales de armas de destrucción masiva, que actúan como elementos disuasivos a todo poder extranjero, que osara amenazar su integridad política y territorial.

El contexto internacional así generado, no sólo resulta ser beneficioso para los planes imperiales estadounidenses, sino también para los líderes fundamentalistas, que como en el caso del radicalismo islámico han podido propagar su concepción de que la actual guerra es una confrontación religiosa y cultural que obliga a todo verdadero creyente musulmán a emprender una Yihad global.

Los líderes radicales islámicos, al igual que sus contendientes, han presentado el conflicto como una lucha entre las fuerzas de "la luz contra las de la oscuridad" para definir su "Yihad" global.

Así, los beligerantes en la guerra global contra el terrorismo, han logrado revigorizar y consolidar la efectividad de las ideologías como forma de captar adeptos para aumentar la popularidad de sus cosmovisiones sobre la realidad internacional.

Este tipo de argumentación, utilizado para justificar la subordinación del "Derecho Público Internacional al uso de la Fuerza" y la subordinación a "la religión los poderes del Estado", con una apelación a lo divino por parte de los principales contendientes en la guerra contra el terrorismo, no es nuevo, ya que guarda una cierta analogía con la justificación discursiva empleada por Julio César, al invocar el uso de la fuerza para salvar "la grandeza de Roma" y que dio lugar a la desaparición de la República Romana, al decir:

*"¡Vamos a donde nos llaman los signos de los dioses y la injusticia de nuestros enemigos!"*²

Estados Unidos y sus ocasionales aliados confían en que la victoria será lograda gracias a su extraordinario "poder estratégico-militar", que les permite contar con una relación favorable de fuerzas frente a sus oponentes. Pero hay que tener en cuenta que la experiencia histórica ha demostrado que países menos desarrollados tecnológicamente se han enfrentado a grandes potencias y coaliciones extranjeras, logrando vencerlas.

En ese sentido, recordemos la victoria del pueblo vietnamita sobre las fuerzas expedicionarias estadounidenses y de sus aliados, la victoria de los muyahidin (soldados de Dios) afganos contra las fuerzas de la URSS y la de los argelinos frente a los intentos colonialistas del gobierno francés.

En estos conflictos, la relación de poder militar no beneficiaba a las fuerzas independentistas, pero el elemento clave que generó la "fricción"³ en la maquinaria bélica conquistadora en los tres casos mencionados fue "la voluntad de lucha" afianzada e incentivada en la fuerza de las ideas y en el espíritu de sacrificio de los combatientes pertenecientes a la resistencia. Esta resistencia fue suficiente para hacerlos soportar los rigores y sufrimientos de la guerra y estar dispuestos a asumir el máximo sacrificio en pro de la victoria.

² Carcopino, J., (1968), *Las etapas del Imperialismo Romano*, Paidós, Buenos Aires, p.162.

³ El concepto de "fricción" está utilizado en referencia al significado etimológico dado por Karl von Clausewitz, quien lo definió como que: "...en la guerra, gracias a los influjos de múltiples circunstancias insignificantes que no son posibles de tomarlas en cuenta sobre el papel, todo nos deprime y nos hallamos lejanos a nuestro propósito. Una poderosa voluntad de hierro vence esta fricción, aplasta los obstáculos, pero simultáneamente aplasta junto a ellos a la maquinaria. Este resultado se nos presenta frecuentemente. Como un obelisco hacia el que convergen las calles principales de una ciudad, de la misma forma la voluntad orgullosa de un espíritu poderoso se levanta dominante en medio del arte de la guerra. La fricción resulta la única concepción que de una forma bastante general corresponde a lo que diferencia la guerra real de la guerra sobre el papel. La maquinaria militar, el ejército, todo lo que corresponde es sencillo, y por eso parece simple de manejar. Pero debemos tener en cuenta que no hay ninguna parte de esa maquinaria que se componga de una sola pieza, sino que la componen varias piezas, cada una de las cuales tiene su propia fricción en todas las direcciones..." , Clausewitz Kart V (1997), *"De la Guerra"*, Need, Buenos Aires-Argentina, p. 100.

A diferencia de sus contrapartes, la maquinaria militar imperial no pudo evitar el desgaste y la debacle de la voluntad de lucha de las fuerzas expedicionarias, que se agravó por la aprehensión belicista experimentada por la mayoría de sus ciudadanos, a pesar de la fuerte manipulación ejercida por los medios gubernamentales para instaurar un ánimo jingoísta en la población civil.

Si bien es cierto, que la actual Doctrina Estratégica Nacional de Seguridad de Estados Unidos, a través de su modalidad de "acciones preventivas", incentiva la glorificación del espíritu jingoísta, no obstante se está multiplicando el número de oponentes y acentuando la resistencia.

A pesar de que los efectivos de la resistencia no cuenten con un armamento sofisticado, como es el caso de los miembros de las agrupaciones radicalizadas, en comparación con el armamento de las tropas estadounidenses, les están infligiendo un número de bajas a las fuerzas de Estados Unidos, que tienen el efecto de hacer confrontar al ciudadano común con la realidad de la guerra.

El avance imperial estadounidense, amparado en su extraordinario poder político y estratégico-militar, ha hecho que muchos creyentes musulmanes moderados, hayan cambiado su perspectiva sobre la metodología de lucha de los grupos islámicos fundamentalistas y que, cada vez más, un mayor número de creyentes justifique la Yihad global como un acto justo destinado a evitar el intento de dominación política y cultural del "mundo árabe y musulmán" por parte de Estados Unidos y de sus aliados, que cuentan con la complicidad de las elites dirigentes locales.

A pesar de los esfuerzos internacionales sobre el control de armas, y de varias discusiones sobre zonas libres de armas de destrucción masiva en el Medio Oriente, esta situación está fomentando que las principales potencias de la región consideren las armas químicas, biológi-

cas, radiológicas y nucleares (QBRN), instrumentos clave del poder para resguardar la soberanía nacional.

Las tensiones subregionales en el norte de África, el Golfo Pérsico y el sur de Asia, junto con las crisis vinculadas al conflicto árabe-israelí, actúan recíprocamente, de manera que bien pueden forzar a las principales potencias del Medio Oriente y de Asia a seguir con sus esfuerzos para adquirir armas QBRN y los sistemas de medios portadores, sin importar la naturaleza del régimen imperante.

Además, el esfuerzo armamentista está incentivado por el cambio del centro neurálgico geopolítico mundial, que se ha traspasado de la región euroatlántica a la región euroasiática, cuyo dominio regional determinará la jerarquía internacional de las naciones durante el transcurso del siglo XXI.

Circunstancia que explica el nuevo posicionamiento de los intereses estratégicos y de las fuerzas militares de Estados Unidos y de Rusia en la región, quienes, eventualmente, tratan de evitar que algunos de ellos logren el dominio exclusivo y excluyente de la región. De igual manera, dicho posicionamiento tiende a establecer una cercanía geográfica que les permita un mejor posicionamiento estratégico frente a la proyección de dominio y control esgrimidos, también, por potencias regionales como China, India, Pakistán e Irán.

Amenaza terrorista fundamentalista

La circunstancia geopolítica, así planteada, facilita la viabilidad de la tan temida amenaza terrorista fundamentalista referida a la utilización de armas de destrucción masiva. La actual forma de lucha de los grupos fundamentalistas islámicos se concreta a través de una estrategia que busca una economía de medios y una optimización de resultados.

Con el fin de alcanzar este propósito, la metodología de lucha islámica puede variar su estrategia, a través de la utilización de tácticas guerrilleras, con el objetivo de desgastar y aniquilar las fuerzas expedicionarias emplazadas en el terreno, así como también destruir la infraestructura burocrática local. O bien, llevando a cabo acciones suicidas emprendida por los "mártires" contra blancos militares o civiles con la intención de demostrar la vulnerabilidad de los sistemas de seguridad de los gobiernos oponentes y, así, instaurar una sensación de terror e inseguridad permanente en sus respectivas poblaciones civiles.

La actual hegemonía militar-tecnológica-financiera que sustenta la puesta en marcha del proyectado nuevo orden imperial estadounidense, impone una expansión política y geográfica ilimitada. Con el fin de alcanzar dicha meta, le es imperioso a la Casa Blanca el "dominio exclusivo y excluyente" de los recursos vitales para asegurar el respaldo económico necesario, con el fin de solventar el funcionamiento de la maquinaria imperial, es decir, lograr establecer el "control y dominio" de la región del Medio Oriente y Eurasia.

En ese sentido, el intento de dominación imperial no escatima medios en procura del dominio y la sumisión de los pueblos que se resistan a la condición de ser vasallos o de tener una pseudo soberanía política sobre su destino. La tentativa de dominación económica, política y cultural es instrumentada por el gobierno estadounidense a través de la persuasión y la colaboración de los sectores políticos y empresariales transnacionales, o bien, por medio de la presión y utilización de la fuerza.

Sin embargo, el actual sistema de dominación político-social y económico expresado por la globalización, con su alto contenido de hipocresía, doble lenguaje y contradicción entre una opulencia frecuentemente especulativa y un esfuerzo laboral habitualmente mal retribui-

do, sumado a la concepción neoliberal dominante de que todo debe ser negociable, ya se trate de las culturas y tradiciones, del medio ambiente, la salud y la educación, actúan como fermento para el surgimiento de ideas mesiánicas, escatológicas y apocalípticas que fomenten la violencia como la única vía efectiva para cambiar una realidad internacional que es excluyente para gran parte de la población mundial.

Argentina: alternativa estratégica

La Argentina, en el transcurso de su historia, se ha relacionado con Estados Unidos de manera extrema, ya que ha experimentado, tanto políticas de confrontación, como políticas de vergonzosa sumisión y docilidad a los lineamientos de la política exterior de la Casa Blanca. Ninguna de las variantes experimentadas logró los objetivos estratégicos que esperaban sus artífices.

Si bien es cierto que la Argentina, por su propia debilidad institucional, carece de un poder político estratégico de consideración en el orden internacional, sus capacidades estratégicas sí tienen mayor importancia en el ámbito regional.

La debilidad del poder estratégico de la Argentina no le permite lograr sus objetivos nacionales de manera unilateral. No obstante, si adoptara una política tendiente a la construcción de una alianza regional, su poder de decisión político tendría mayor peso en el orden internacional, lo que le permitiría, aunque resulte paradójico, aumentar su autonomía política y dar viabilidad a la consecución de sus objetivos nacionales.

Sin duda, es una tarea difícil la de conciliar los intereses de los distintos países latinoamericanos, ya que, generalmente, las negociaciones

intergubernamentales tienen menos en cuenta los intereses de los países pequeños que los de los grandes.

Sin embargo, el actual contexto internacional ha hecho aún más evidente que el logro de las metas nacionales sólo es posible si son compatibles en el ámbito regional. La estabilidad regional constituye el punto de partida para la estabilidad y el progreso nacional.

Establecer una estrategia política que armonice los intereses de distintos países puede resultar difícil, pero no imposible. Un ejemplo es el acercamiento que ha tenido lugar entre la Argentina y Brasil en el ámbito político-económico. Las ventajas de la construcción de un *"poder de decisión regional"* redundan en el aumento del grado de autonomía de los países más débiles frente a las imposiciones directas e indirectas de las potencias polares.

En la guerra declarada unilateralmente por Estados Unidos contra el terrorismo a nivel mundial, la Casa Blanca no duda en hacer uso de la presión y de la extorsión, si es necesario, sobre los países para que se sumen a su causa y acepten los lineamientos políticos y estratégicos impartidos desde Washington, a pesar de que no se puso a consideración de la ONU la formulación de una estrategia a desarrollar contra el terrorismo.

La Casa Blanca ha manifestado reiteradamente que la guerra contra el terrorismo se libra en beneficio de la "comunidad internacional", en correspondencia con el respeto de la ley internacional, y en pro de los valores democráticos y de la seguridad internacional.

Sin embargo, en toda ocasión que es predecible una oposición de la Asamblea General y de algún miembro del Consejo de Seguridad de la ONU a las intenciones de Washington, como sucedió con motivo de la segunda Guerra de Irak, la Casa Blanca no duda en ignorar los procedimientos y decisiones de Naciones Unidas.

No obstante ello, es importante que los países que no sufrieron las consecuencias directas de los ataques terroristas, se sumen a la lu-

cha, pero a partir de una evaluación propia y proponiendo aquellas políticas que estimen eficaces contra el terrorismo.

Es así, que los países más débiles, con respecto a su capacidad de poder, deben manifestarse en bloque para evitar, de la manera más eficaz, el posible resentimiento o castigo de la Casa Blanca por no seguir de manera obsecuente su voluntad política, teniendo presente la tajante división unilateral que realiza entre aquellos que, según su apreciación, conforman el *"eje del bien y el eje del mal"*.

El resto de los países que integran la comunidad internacional y, especialmente, los países latinoamericanos, deben esforzarse en la formulación de una propuesta multilateral tendiente a la diagramación de una estrategia de lucha contra el terrorismo, así como también con relación a otros temas, como por ejemplo, los aspectos económicos, ambientales, sanitarios y educacionales.

En ese sentido, la estrategia de lucha contra el terrorismo debe surgir del multilateralismo, expresado a través de la revitalización de los organismos internacionales idóneos y no del reducido círculo exclusivo y excluyente de las potencias polares.

La generación de un poder de decisión estratégica para la Argentina no puede surgir de manera unilateral, ya que la adopción de un alineamiento obsecuente y sumiso hacia la política imperial de la Casa Blanca no es garantía de éxito. Por el contrario, la historia reciente nos ha demostrado que de nada le sirvió a la Argentina esa conducta, ya que ninguna de sus aspiraciones políticas y económicas se concretó.

Sin embargo, el artífice de ese sometimiento vergonzosamente incondicional de la Casa Rosada en política exterior hacia Washington, no ha reconocido la realidad histórica. El propio ex presidente Menem, con motivo de la guerra contra el terrorismo declarada por Estados Unidos, afirmaba que la Argentina debía alinearse inmediatamente, por ser la Argentina aliado especial extra OTAN desde 1997.

Contrariamente a lo expresado por el ex presidente Menem, la política estratégica Argentina debe estar orientada a lograr una alianza regional lo más amplia posible, que incluya inexorablemente a Brasil. Dicha meta puede resultar difícil, pero no imposible. Las ventajas de ello redundarán significativamente en la construcción de un *“poder de decisión estratégico regional”* con ciertos niveles de autonomía frente a las presiones e imposiciones de las potencias polares.

La generación del poder estratégico de decisión regional debe aprovechar toda estructura multilateral existente, como por ejemplo el MERCOSUR y evitar aquellos organismos internacionales que se hallen bajo el control político de Estados Unidos, como es el caso de la Organización de Estados Americanos (OEA). No deben confundirse iniciativas estratégicas como el MERCOSUR con organismos disciplinadores controlados por Estados Unidos.

Si bien el MERCOSUR ha significado un importante crecimiento económico, es necesario consolidar su potencialidad geoestratégica para la región Latinoamericana, a pesar de sus falencias por la ausencia de Instituciones básicas para su mejor desarrollo y sobre todo para su defensa y seguridad, es indudable que en el aspecto político a pesar de ciertos problemas entre sus miembros plenos y asociados, constituye un organismo del cual es posible procurar un crecimiento y desarrollo armónico de los países miembros.

La reciente incorporación de Venezuela como miembro pleno al MERCOSUR, tiene una impronta más beneficiosa desde el punto de vista económico, pero también es cierto, que dicha apreciación no resulta tan satisfactoria al proceso de armonización regional en consideración al eje político-estratégico. Ello se debe, a las discrepancias y enfrentamientos de la política exterior llevada a cabo por el presidente Hugo Chávez Frías, con relación a la política externa del gobierno de los

Estados Unidos y su actuación en la actual guerra global contra el terrorismo.

La llegada de Venezuela al MERCOSUR, a significado desde el punto de vista geográfico y económico un crecimiento en su importancia e influencia como bloque comercial y político, ya que si consideramos que Venezuela, es un país integrante de la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) y uno de los principales abastecedores de petróleo de Estados Unidos vemos como la importancia del Bloque regional sudamericano va en aumento.

Existen ventajas desde lo económico, que puede aprovechar la Argentina como miembro integrante del MERCOSUR, para afianzar su presencia en el ámbito internacional. Pero la ventaja potencial, que puede brindar profundizar y afianzar el MERCOSUR, depende de que se logre disminuir las asimetrías estructurales existentes en Latinoamérica. Un medio posible para lograr dicho fin, es tratar de robustecer y formalizar alianzas individuales y colectivas para permitir que se construya un sustento jurídico serio y duradero que posibilite el reconocimiento a nivel global y de las principales potencias polares hacia el MERCOSUR, como un organismo regional consolidado y sustentable.

A pesar de que la tarea de armonizar los distintos intereses de los países de la región resulte una labor problemática, los decisores argentinos tienen que ser conscientes de que esa tarea está condenada al fracaso, si antes no se produce un acuerdo entre los distintos sectores políticos y sociales del país.

Inferencias

La actual tendencia que se le está imprimiendo a la realidad internacional, en gran medida, como consecuencia de las políticas imple-

mentadas por una reducida "comunidad de potencias polares", será la responsable de que cada vez más individuos odien la sociedad y el sistema que les toque vivir, porque no tienen posibilidades de realización personal en él.

Así, en un sistema social caracterizado por la extrema competitividad, como el generado por la globalización, hará que se perciba cada vez con mayor intensidad la violencia como la única respuesta efectiva para revertir la agobiante realidad, convalidándose así el accionar de grupos radicales que aboguen por la destrucción de la organización social dominante. Lo que determinará que las intervenciones armadas estadounidenses pasen a convertirse en las tan temidas "*misiones pantanosas*", tanto por parte de los estrategas del Pentágono, como por los políticos que ocupan la Casa Blanca.

Ante este panorama, una alternativa viable para los países más débiles para tratar de aumentar sus márgenes de autonomía política, aunque parezca contradictorio, es asociarse y agruparse en alianzas maximizadoras de poder. Este, es el reto de Latinoamérica, revalidar su cultura y presencia a nivel mundial en momentos de que la globalización impera en un mundo transnacionalizado.

Bibliografía

- Amin, Samir, (1997). *Los desafíos de la mundialización*. Siglo XXI, México.
- Bergen, Peter L., (2001). *Guerra Santa*. Grijalbo Mondadori, Barcelona.
- Bobbio, Norberto, (1984). *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Altaya, Barcelona,
- Brzesinski, Zbigniew, (1998). *El gran tablero mundial*, Paidós, Barcelona.

- Chomsky, Noam, (2003). *El terror como política exterior de Estados Unidos*, Libros del Zorzal, Buenos Aires.
- Clinton, W. J., (1999). "Una guerra justa y necesaria". Traducción de un ensayo publicado originalmente en *The New York Times*, 23 de mayo.
- Dallanegra Pedraza, L., (1998). *El orden mundial del Siglo XXI*. Ediciones de la Universidad, Buenos Aires.
- Esposito, John L., (2003). *Guerras profanas. Terror en nombre del Islam*. Paidós. Barcelona.
- Huntington, Samuel P., (1998). *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. Simon & Schuster, Nueva York.
- Kissinger, Henry, (2001). "Un nuevo enfoque para la victoria", en: *Reforma*. México, 29 de septiembre.
- Montoya, Roberto, (2003). *El imperio global*. El Ateneo, Buenos Aires.
- Roy, Oliver, (2002). *Las ilusiones del 11 de septiembre. El debate estratégico frente al terrorismo*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Stiglitz, Joseph, (2002). *El malestar en la Globalización*. Taurus, Buenos Aires.
- Woodward, Bob, (2003). *Bush en Guerra*. Península/Atalaya, Barcelona. España.
- Sitios en Internet